

hijos; quiero luchar contra la fatalidad de mi destino y decir á usted algún día: si amé, supe matar mi amor con el deber, pues el deber es el verdugo de todas las pasiones culpables; usted, que me hizo ver en el fondo de mi corazón una pasión cuya existencia ni siquiera sospechaba, para abandonarme después á sus ímpetus, á sus luchas, á sus dolores venga á que le perdone, porque perdonarle ansía la pobre mujer á quien rechazó sin piedad.

Detúvose aquí Clotilde y en vano esperó la respuesta de su esposo; la funesta ceguedad de éste ni se había disipado ni le había dejado conmoverse con las enérgicas y sentidas frases de la joven.

—El porvenir me es completamente indiferente, señora—dijo;—olvidaré el pasado, y en cuanto al presente sólo existirá para mí en los placeres de toda clase que desde hoy voy á procurarme; usted nada ha perdido á los ojos del mundo; haré como que no veo las galanterías del marqués de la Oliva; pero queda usted en completa libertad de corresponder á ellas; á los ojos de la sociedad seré un marido complaciente, ó, como dan en decir los necios, un marido *á la moda*; mas entre los dos quedan rotos todos los lazos que nos unían, y nada somos, nada podemos ser jamás el uno para el otro.

El conde, así que pronunció estas palabras,

salió del cuarto de su esposa y se dirigió al suyo.

Clotilde apoyó sus manos contra el pecho y dejó escapar un hondo gemido.

Un instante después se levantó, dirigióse á una imagen de la Virgen, situada á los pies de su lecho, y oró hasta que la luz del alba vino á hacer palidecer el resplandor de las casi extinguidas bujías.

## VIII

### El duelo.

Preciso es retroceder algún tanto, lector mío, y que nos traslademos al instante en que el príncipe de Cellemare volvió á buscar al marqués de la Oliva, después de dejar á Clotilde en su casa.

Esperábale, en efecto, el marqués paseando lentamente entre los árboles de la plaza del Rey, y en honor de su valentía debe decirse que pensaba menos en el peligro que iba á correr batándose con el príncipe que en el efecto que su carta debía producir en el ánimo del conde.

Porque él estaba bien cierto de que su anónimo llegaría á su destino, aunque debiese costar la vida á su emisario.

Muchos meses hacía que el marqués sólo veía ante sus ojos la imagen de Clotilde; la angelical virtud de esta joven hacía tan gran contraste



con su cinismo, que quizá de este mismo contraste nació la frenética pasión que el marqués le profesaba, pues una de las prerrogativas de la virtud es ejercer una invencible atracción aun en los seres más depravados y perversos.

Por una aberración de la naturaleza, el marqués de la Oliva estaba dotado de tanto talento como maldad, y de una percepción y un tacto en extremo exquisitos; era capaz de apreciar todo lo que valía Clotilde y se quejaba con amargura de lo que él llamaba su feroz virtud.

¡Quizá no la hubiera amado tanto á ser ella menos pura y angelical! Pero la misma dulzura y suavidad que cautivaban el acre y amargo corazón del marqués le servían para que abusase infamemente de estas celestiales cualidades, aterrando á la pobre joven con las amenazas que le hacía proferir su exasperación.

En tanto que Cellamare conducía á la condesa á su casa, pensaba el marqués con delicia en el efecto que su anónimo podría producir en el ánimo del conde.

—Ya está perdida—se decía—ya está perdida para ella esa felicidad doméstica de que tanto alarde hacía su imbécil marido; éste ya no puede dudar de que una tercera persona sabe los amores de su mujer con Silva, y para distraerse de su desengaño correrá de placer en placer, rompiendo para siempre los lazos que le unían á

Clotilde, pues conozco á ésta demasiado bien para no estar cierto de que llegará á dejar de amar á su marido si va en busca de placeres degradantes.

Las reflexiones del marqués fueron interrumpidas por el ruido de unos pasos precipitados que se dirigían al sitio en que él estaba.

Era Cellemare, seguido de un criado que llevaba una magnífica caja de pistolas.

Al verlos, el marqués se detuvo: Cellemare hizo señá al criado de que dejara la caja sobre un banco de piedra de los que había diseminados por la plaza, lo cual hizo el doméstico, retirándose en seguida á una nueva señal de su amo.

—He hecho á usted la justicia de creer que no se movería de aquí, señor marqués—dijo Cellemare—y por eso traigo armas para los dos.

—¿Y sabe usted si esas armas me acomodan?—preguntó el marqués con altivez.

—No me he detenido en pensarlo—contestó Cellemare con aquella calma mesurada y fría que le daba tanto ascendiente sobre cuantos le rodeaban.

—Permítame usted, sin embargo, que le diga que es muy extraño no se le haya ocurrido esta consideración. Una persona de mi condición no se bate sin testigos y con las armas que su contrario guste imponerle.

—Mi condición, señor marqués, es, por lo me-



nos, tan elevada como la de usted; y advierta que no he dicho *mucho más elevada* por modestia; pero, en este instante, su condición y la mía desaparecen: usted es un infame, que ha insultado á una mujer inocente é indefensa, abusando de la ausencia de su esposo; yo soy un hombre honrado que defiende á esa mujer y le pide cuenta de su conducta.

El marqués se mordió los labios hasta hacerse sangre.

El exceso de su rabia no le permitió pronunciar una palabra.

En aquel momento dieron las dos de la madrugada; el príncipe miró en derredor suyo para ver si el tránsito de las gentes podía estorbarle en su mortífero designio; nada se oía; concluida la función del teatro, todos los espectadores se habían retirado á sus casas, y la plaza del Rey estaba silenciosa y desierta.

Solamente se veía á un sereno apoyado en un ángulo de la plaza; el príncipe se acercó á él, le dijo algunas palabras en voz baja, y al mismo tiempo se oyó un ruido metálico y leve.

El sereno se alejó prudentemente, y Cellemare volvió cerca del marqués, que le esperaba inmóvil.

La luna llena enviaba sus rayos de plata sobre aquellos dos hombres, que iban á tener un duelo á muerte.

De repente pareció á Cellemare oír ruido de pisadas y se dirigió hacia el sitio de donde partía el rumor.

Era producido por los pasos de un hombre, que venía embozado hasta los ojos en una larga capa, y cuya frente se ocultaba bajo un sombrero de anchas alas.

Cellemare reconoció, sin embargo, su andar desembarazado y su elegante porte.

Por su parte el incógnito reconoció también á Cellemare.

—¡Ah! ¿Es usted, príncipe?—exclamó alegremente.—¿Qué hace usted por aquí á estas horas?

Otro que el príncipe hubiera quedado confuso al oír esta pregunta; pero el carácter de Cellemare era tan firme y su conducta tan noble en todas ocasiones, que no daban lugar nunca á la confusión.

—Conde—dijo—no me pregunte usted, porque no puedo contestarle; si quiere usted saber el objeto que me hace estar aquí á estas horas tendrá usted que adivinarlo.

—¿Quizá un duelo?

—Podrá ser... pero usted ¿por qué se halla también en este sitio?

—Yo voy en busca de una aventura.

Al oír estas palabras, el príncipe miró atónito al esposo de Clotilde. Este continuó:



—¿Quién es el adversario de usted? ¿Tampoco me lo dirá usted?

—Perdóneme usted que le calle el nombre—repuso gravemente Cellemare.

—Es usted misterioso como una novela de Ana Radclife, querido; pero de nada sirve su reserva, porque veo á su adversario y le he conocido: es el marqués de la Oliva.

—Pues hágame usted el favor de ser tan discreto como perspicaz, y á nadie diga lo que va á mediar entre él y yo.

El conde levantó la cabeza con altivez, y preguntó al príncipe, mirándole de hito en hito:

—¿Por quién me toma usted?

Luego añadió, suavizando la voz y la mirada:

—¿Puedo saber por qué es el duelo?

—Por el honor de una mujer desgraciada y muy digna de ser feliz; pero hace ya bastante tiempo que estoy haciendo esperar al marqués y no quisiera que en esta ocasión me acusara de remiso.

—¿Es el duelo á primera sangre?

—Será á muerte.

—¿Luego la dama en cuestión no tiene padre, ni hermano, ni esposo?

—Tiene esposo y padre.

—Entonces es mucha generosidad la de usted, ó ama usted en extremo á esa dama para exponerse á perder la vida por ella, teniendo, como

tiene, apoyos legítimos y naturales; pero ¡ah! ya caigo—continuó el conde,—el padre será demasiado viejo, y en cuanto al marido... ¿qué marido se bate ya? Caería sobre el cuitado que tal hiciese un ridículo eterno.

El conde pronunció estas palabras con una risa estridente y contenida, y luego, como si no pudiesen abrirse paso más palabras á través de sus labios, hizo á Cellemare un ademán de despedida y desapareció con lento paso.

El príncipe volvió cerca de su enemigo.

—Perdóneme usted—dijo—ha pasado por aquí el conde D... y he aprovechado la ocasión para hablarle de un asunto mío.

El marqués abrió la boca para preguntar si este asunto concernía á Clotilde; pero tenía sobrado conocimiento del mundo para permitirse nombrar á la mujer objeto de su contienda.

—Tiraremos á diez pasos—dijo Cellemare con una tranquilidad perfecta y presentando dos pistolas al marqués.

Éste palideció, porque conoció que á tan corta distancia era segura la muerte de entrambos; no obstante, tomó una pistola, se inclinó fríamente y contó diez pasos; volviéndose en seguida.

Ya le esperaba el príncipe; dispararon á un tiempo y las balas partieron silbando.

La del marqués pasó el hombro izquierdo de Cellemare.



La del príncipe quedó dentro del pecho del marqués.

Éste se apoyó contra un árbol; en un banco inmediato había quedado la caja de pistolas de Cellemare, que tenía otras dos cargadas.

El príncipe se acercó con paso firme á la caja y tomó las pistolas; alargó una al marqués y se quedó con otra en la mano, volviendo á separarse diez pasos.

El marqués seguía apoyado en el árbol con el brazo derecho, porque se desangraba, y con la mano izquierda volvió á apuntar al príncipe.

Mas los dos adversarios bajaron el brazo al ver la imponente figura del conde D... en medio de la distancia que los separaba, es decir, á cinco pasos de cada uno.

Hubo algunos instantes de silencio y de sorpresa, que fueron interrumpidos por el ruido pesado que hizo el cuerpo del marqués de la Oliva al caer al suelo.

Cellemare quiso correr hacia él, mas el conde le detuvo.

—No le mate usted—dijo con voz lenta y solemne, extendiendo su brazo hacia el marqués, como si hubiera querido protegerle.—Las estúpidas leyes de la sociedad me impedían batirme con ese hombre, que persigue é infama á mi mujer; mas no me prohíben vengarme de él de otra manera: doquiera iré en pos ó delante de él; haré

abortar todas sus empresas, le robaré todos sus amores, le heriré en todas sus afecciones. ¡Vivamos con el mundo y según debe vivirse en este siglo de las luces! ¡En este siglo que hace caer el ridículo sobre el marido que se bate por su honor y que le permite vengarse por todos los demás medios posibles!

El conde, al concluir de pronunciar estas palabras, dió un silbido particular y dos hombres acudieron al instante; uno de ellos conducía del diestro al pobre y flaco caballo de un coche de alquiler, que el escuálido animal arrastraba con trabajo.

—Meta usted á ese hombre en el coche—dijo el conde, dirigiéndose al lacayo suyo, que servía de cochero.

Éste, ayudado de su compañero, obedeció la orden.

—Ahora—continuó Augusto—llévenle ustedes á su casa; es el marqués de la Oliva. Es probable que sólo vuelva de su desmayo cuando un médico le haya prodigado los socorros de su ciencia. Así, pues, entréguele ustedes á Juan, su ayuda de cámara, guardando el más absoluto silencio acerca de lo que acaba de ocurrir.

Los domésticos se inclinaron con sumisión y en seguida echó á andar el coche, llevando á los dos criados en el pescante.

El conde se volvió á Cellemare, que había



permanecido inmóvil y silencioso, y le alargó la mano.

—¡Gracias, noble corazón!—murmuró con una mirada humedecida de lágrimas.—Si algo es en este valle de miserias el saber que hay un sér que pertenece á usted, yo soy suyo mientras tenga un soplo de vida. Muy sombríos veo sus horizontes... Padre sin hijos, esposo sin esposa, la fatalidad me traza con su descarnada mano el camino de mi existencia; mas aun veo en él una luz purísima que le ruego no aniquile, la de su amistad.

Cellemare estrechó, sin contestar, la mano de aquel hombre desventurado, y ambos se separaron en dirección opuesta.

.....  
Al día siguiente, y á las ocho de la noche, Fernando de Silva, fiel á la promesa que había hecho al conde, fué á verle á su casa.

Éste le recibió con una política mesurada, que encubría el odio más ardiente y sangriento que jamás ha podido albergar el corazón de un hombre.

Al ver á Fernando, toda su pasada felicidad, todas sus muertas ilusiones se desplegaron como un delicioso y risueño panorama.

Mas este hermoso cuadro se cubrió muy pronto con el negro manto de la desesperación y del desengaño.

Contúvole, empero, esa amarga sujeción del hombre del gran mundo que ha de parecer impasible ante todo.

Fernando de Silva le refirió lo mismo que Clotilde; mas pintó el amor que ésta le había tenido con tanta vehemencia, dió á conocer tan claramente que el haber renunciado á ella había amargado su alma y le había precipitado en la vida de desorden que llevaba, y se manifestó, aun sin saberlo, tan arrepentido por haberla perdido, que si el conde hubiera abrigado alguna duda acerca del amor que ambos jóvenes se profesaban, hubiera desaparecido por completo.

Fernando, cuyo carácter era muy altivo é independiente, no ofreció al conde ahogar su amor hacia Clotilde; dióle á entender más bien que estaba en su derecho sintiéndole y acariciándole como á su único bien.

La ira, los celos, el furor hervían en el alma ardiente del conde en tanto que Silva hablaba; no obstante, el desgraciado hombre de mundo no pestañeó ni perdió su aire cortés é indiferente.

¡Él, que hubiera dado toda su vida por poder ahogar á su enemigo entre sus manos!

¡Extrañas exigencias de la sociedad!

Cuando Silva se despidió del conde lo hizo con una cortesía helada.



Quedaban enemigos irreconciliables; pero sus combates debían tener lugar en los salones.

El conde no le acompañó hasta la puerta, ni le hizo ningún cumplido; en los hombres de honor no tiene cabida la mentira, aunque les exija el mundo un profundo y doloroso disimulo.

Cuando Silva hubo desaparecido, el conde corrió á un *secrétaire*, le abrió y sacó un par de pistolas; cargó y cebó una y acercó el cañón á la sien con mano convulsiva.

Mas de súbito la soltó estremecido, levantó los ojos al cielo y murmuró:

—¡Quién sabe si soy padre!

## IX

### Malvina.

Las cinco de la tarde del día 28 de Febrero serían, poco más ó menos, cuando una muchacha jorobada y en extremo baja de estatura entraba en el portalito de la casa núm. 3 de la calle de San Bernardino.

La pobre criatura apenas contaría catorce años; á pesar del intenso frío de aquella tarde de invierno, no llevaba más abrigo que un vestido de indiana que había sido azul, y que, á fuerza de lavarle, se había quedado blanquecino.

Habiéndose roto con el uso las primitivas mangas por la parte inferior, la jorobada las había remendado con un pedazo nuevo, flamante, de la misma tela, que hacía parecer el resto del vestido más viejo y deslucido.

La falda, algo corta, permitía ver sus piececillos calzados con unos zapatos de cordobán muy usados, que hacían lucir tristemente la blancura de sus gruesas medias de algodón.

Llevaba en el cuello una esclavina de lana negra, hecha, al parecer, para una persona de mucha más altura; esta esclavina era muy vieja, pero estaba limpia y cuidadosamente conservada y guarnecida con un flequillo de seda que, por haberse roto su primitivo adorno ó quizá por una inocente coquetería de la muchacha, parecía recientemente puesto.

El semblante de esta pobre niña no era bonito, pero tenía cierta expresión de melancólica dulzura que encantaba; sus facciones eran gruesas, sus ojos garzos y una hermosa cabellera rubia se enlazaba detrás de su cabeza con gruesas y apretadas trenzas, rizándose en derredor de su ancha frente.

Cuando entró en el portal sus dientes daban unos contra otros de frío y llevaba en el brazo derecho una cestita cubierta y en la mano un ramo de hermosísimas camelias blancas y de un rojo encendido.



En el estrecho portal trabajaba un zapatero muy anciano.

—Buenas tardes, señor Martín—le dijo la jorobada, al penetrar en el patio, con voz temblorosa por el frío.

—Buenas te las dé Dios, Malvinita—contestó el anciano, que recogía sus utensilios por falta de luz para trabajar, sin levantar la cabeza y conociendo por la voz á la persona que le hablaba;—¿de dónde vienes con este frío?—continuó echando en su cesto las hormas y los retazos de piel que quedaban por el suelo.

—Vengo de comprar la cena, señor Martín—contestó Malvina, mostrando su cestita al viejo.

—¡Ah, qué hermoso es hoy el ramillete!—exclamó el señor Martín, viendo por primera vez las flores que la jorobada tenía en la mano.

—¿Verdad que sí? ¡Poco contenta se va á poner la señorita María!

—¿Pero á las otras no les gustan las flores?

—¡Pues no les han de gustar! Todas tres delirán por ellas; pero como Rosa se las regala á la señorita María, ya se ve... tiene ella más derecho que las otras.

—¿Cómo está la señorita Ofelia?

—Mejor: ya ha cosido hoy desde el alba.

—Ese es el medio de que recaiga.

—Pero ¿qué ha de hacer, señor Martín? Sus hermanas no podían con la labor; la pobre seño-

rita Blanca se ha pasado bordando cuatro días con sus noches casi sin levantarse de la silla.

—¿Y tienen ahora mejor gana de comer?

—¡Cá! No comen nada, señor Martín. Yo no sé qué darles de comer que les guste... Ya se ve, si yo tuviera más dinero de que disponer, ya sabría hacerles cosas apetitosas y manejarme, aunque tengo pocos años; mas ¿para qué me alcanza?... Para una sopa, arroz, un poco de leche y... ¡se acabó!

—¡Pobres señoritas!—exclamó el anciano con melancolía.—¡A esa edad huérfanas y solas!

—¡Y sin más amparo que lo que ganan con sus manos, señor Martín!

—Si yo me atreviese...—dijo el zapatero pensativo;—pero es claro, como tienen ese aire, aunque dulce, algo altanero... y eso que mi mujer dice que son unas palomas sin hiel.

—Es verdad; cuando entra la señora Antonia en nuestra casa siempre dice: «Voy á visitar el nido de las palomas.» Mas ¿dónde se encuentra la señora Antonia?

—Arriba, en la buhardilla, haciendo la cena.

—Aun la tengo yo aquí—dijo la niña mostrando la cestita que llevaba en el brazo, y luego añadió:—á bien que la de la señora Antonia será más entretenida.

—¡Pse! Algo más; una tortilla y una ensalada, que para eso ya ganan estas viejas manos; pero



cree, hija mía, que tanto á Antonia como á mí nos amarga lo que comemos pensando en la triste situación de esas pobres jóvenes; muchas veces le digo: «Antonia, bájales algo á las señoritas;» pero ella me contesta: «Vaya, Martín, no me atrevo; ¿con qué pretexto les doy yo unas patatas, unos huevos ó un panecillo, que es lo único que les puedo ofrecer? Si fuera alguna cosa delicada ¡vaya con Dios! podrían pensar que se les hacía este obsequio por lo particular del género; pero ofrecerles pan ó aceite es decirles que se sabe su miseria, cuando ellas nunca se quejan y ponen tanto cuidado en ocultarla!» Yo conozco que dice bien, y le contesto, según mi costumbre—tienes razón, Antonia—aunque no por eso me duele menos el no poder servir de algo á esas desgraciadas jóvenes.

—Una cosa me ocurre, señor Martín.

—Di, Malvina, tú eres viva como una centella y me gustan tus ocurrencias.

—Cuando la señora Antonia quiera dar algo á las señoritas que me llame y me lo entregue á mí; yo diré que lo he comprado y ellas lo creerán, porque no saben los precios de las cosas.

—¡Cuando digo que eres una centella!—exclamó el señor Martín, contemplando á Malvina con admiración.—¡Vamos, sólo á ti te podía ocurrir una idea semejante! Bien dicen que todas las jorobadas son la misma viveza.

Malvina se sonrió tristemente, en tanto que el zapatero se acercaba á la escalera.

—¡Antoníaaaa!—gritó con su robusta voz.

—¿Qué quieres, Martín?—contestó otra voz cascada desde lo alto de la estrecha escalera.

—Baja.

Oyéronse al instante unos pasos tardos, y la señora Antonia apareció, por fin, en la escalera.

Era la señora Antonia una mujer como de sesenta y seis años, baja de estatura y muy gruesa; su cara grande y alegre estaba animada por dos ojillos vivos y penetrantes, á los cuales servía de dosel una ancha frente coronada de cabellos blancos como la nieve.

Su vestido de percal estaba remendado por muchas partes, pero limpio y bien cortado; llevaba en el cuello un pañolón de lana muy usado, formando cuadros encarnados y verdes, medias azules y fuertes zapatos de cordobán, obra de su marido.

Acabó de bajar la escalera, y cruzando sus gruesas manos sobre el vientre miró al señor Martín y le preguntó:

—Vamos, ¿qué quieres?

—Oye, Antonia—contestó el zapatero—súbete á Malvina y pónle en su cestita alguna cosa de lo que tengas para que lo aumente á la cena de las señoritas; á ella se le ha ocurrido decir que o ha comprado y...



—¡Calla, pues es verdad!—exclamó la señora Antonia, interrumpiendo á su marido.—Vamos, ¡si esta chica sabe más que un *doctor*! ¡Y yo que no discurría cómo hacer para ayudar á esas pobrecitas!... ¡Porque, en fin, como son así, tan calladas, tan tristes, y con ese aire!...

—Señora Antonia, tengo mucha prisa—observó tímidamente la jorobada;—si usted quiere subiremos al instante, porque las señoritas no tienen aceite para la luz hasta que yo vaya.

—¿Le llevas ahí, hija?

—Sí, señora.

—Pues abulta muy poco.

—No llevo más que una panilla (\*); me quedaron sólo seis cuartos y las señoritas se van á entristecer mucho, porque después de hacer el arroz para cenar, ya ve usted cuán poco queda para el velón.

—Mejor, así coserán menos.

—Pero si no acaban lo que están haciendo no tendremos dinero para mañana.

—Antonia, pónle aceite en la cesta—dijo magistralmente el señor Martín á su esposa.

—Aceite no puede ser porque se acabó, pero tengo dos velas y se las daré, aunque son de

(\*) Medida que equivale á la cuarta parte de un cuartillo.

sebo, para que se remedien, que más vale algo que nada; vaya, sube, hija, sube.

La señora Antonia empezó á subir lentamente la escalera seguida de Malvina.

El señor Martín cerró la puerta de la calle y siguió también á su esposa, llevando á la espalda el cesto que contenía las herramientas de su oficio y la obra empezada.

## X

### Caridad.

La señora Antonia empujó la puerta de su buhardilla, que había dejado entornada, y entró en ella con su marido y Malvina.

Si no habéis estado, lectores míos, en una buhardilla de Madrid, no podréis tener una idea exacta de lo que son las buhardillas, pues las de provincias se diferencian mucho de éstas.

Mas en las buhardillas de la corte hay también sus categorías, y la de la calle de San Bernardino, adonde os he conducido, era una de las peores de la coronada villa, es decir, de las peores del mundo.

Figuraos un camaranchón de diez pies cuadrados, y cuyo techo, que empieza ya muy bajo junto á la puerta, va descendiendo progresivamente hasta tocar al suelo por el extremo opues-